

EL CAMINO DEL CORAZÓN

Entrada desde la oración

Ser agradecidos nos humaniza.

Nos hemos acostumbrado a pedir, a reclamar o exigir cosas a los demás. ¿Por qué? Tal vez porque somos conscientes de que sin los demás nos falta algo, de que somos un «producto» que no está terminado y necesitamos de ellos para «completarnos». Pero ¿completar qué? La intensidad con que exigimos «cosas» a los demás como pueden ser afecto, atención, tiempo, por ejemplo, son proporcional a la conciencia de sentirnos incompletos. Podemos aprender más o menos rápido que necesitamos de los demás, pero lo más importante es entender que ¡nadie nos debe nada! No vinimos al mundo a reclamar lo que alguien nos debe. Los demás no están en el mundo para cumplir con nuestras expectativas. Nosotros estamos aquí para aprender qué significa amar y ser amados, para ser agradecidos. Lo que nos falta es agradecer el amor que recibimos de los demás. Necesitamos también aprender a agradecer por el amor, el afecto, el tiempo que los demás nos dan gratuitamente. La mejor manera de completar lo que nos «falta» es aprender a ser agradecidos con los demás. Si no dejamos de lado la idea de que «alguien» nos debe algo, lo que sea, no llegaremos nunca a construir en nosotros esta actitud que es vital para nuestro desarrollo y crecimiento personal. Los otros nos ayudan a completar en nosotros lo que falta cuando recibimos su amor y es agradecerles.



El agradecimiento es un ingrediente clave en la experiencia de ser amados y amar. La persona con un corazón agradecido sabe reconocer el amor de Dios operando y dándose en los demás. Agradecer es hacer lugar a la dinámica del Espíritu de Dios que renueva nuestra vida en el amor. Para entender la lógica del amor de Dios debemos salir del ámbito del deber y pasar al del don. Sin este paso esencial difícilmente lleguemos a ser agradecidos. El deber, en ocasiones, nos hace perder de vista todo aquello por lo que tendríamos que estar agradecidos. Nuestra vida suele estar llena de proyectos, sueños y metas, lugares a los que llegar, espacios que conquistar, cimas que alcanzar, y corremos el riesgo de convertir nuestra alma en un muro donde colgar medallas, en un estante de trofeos o un depósito de diplomas. En nuestra vida hay algo más que cumplir deberes, necesitamos aprender a reconocer que somos amados más allá de nuestros logros. Sin este aprendizaje no sabremos nunca lo que significa agradecer. Es «casi» imposible sentirnos amados y perdonados si no profundizamos en el misterio del amor gratuito de Dios.

¿Cómo aprender a ser agradecidos? Para ello necesitamos ser consciente del Espíritu de Dios que opera en el amor humano. Existe más amor de Dios operando en el amor humano de lo que podemos percatarnos. El hombre y la mujer agradecidos son personas, sobre todo, con «ojos bien abiertos», despiertos. Es decir, conscientes, atentas, en pocas palabras, místicas. Para gestar una actitud de agradecimiento se requiere, de nuestra parte, una disposición interior para reconocer lo bueno que acontece a nuestro lado sin que hayamos hecho algo para que suceda. Sin ella, nos resultará difícil salir del deber para entrar en el ámbito del agradecimiento. Necesitamos decidir, cada día, vivir agradecidos. Ello no significa pintar la realidad color de rosa ni negar los problemas o conflictos, de lo que se trata es de buscar y ejercitarnos en encontrar el don que se oculta a los ojos pragmáticos y utilitaristas. Cuando tomamos la decisión de ser agradecidos, toda situación de la vida, aunque parezca trágica, tiene un “lado positivo”. «Dar» y «decir» gracias ayuda a crear una actitud completa en nosotros ser «seres humanos».

